



EL MAR DE LA PRIMERA VEZ

.....
de Antonio Muñoz Molina

A mi amigo Antonio Madrid y a mí un compañero del Instituto nos había invitado a pasar unos días en una casa de pescadores que pertenecía a su familia, junto al mar, en Almuñécar. Ni Antonio Madrid ni yo habíamos visto nunca el mar, salvo el de las películas. Yo me había dejado sobre todo fascinar por él en las novelas de Julio Verne y en los mapamundis en los que me gustaba trazar los itinerarios de las navegaciones de sus personajes, siempre muy precisos, y hasta situar, en el Pacífico Sur, con la precisión exacta de longitud y latitud, la Isla Misteriosa.

Pero la esperanza mayor, la promesa, la expectativa, eran las extranjeras. En el recuerdo esa época ha adquirido los colores crudos y la luz muy fuerte de las películas deplorables que triunfaban entonces, casi todas ellas protagonizadas por personajes de una hombría brava y a la vez amedrentada, machotes españoles que se dejaban deslumbrar por mujeres más fabulosas aún porque nadie las había visto fuera del cine: extranjeras, rubias, con minifaldas y shorts y botas altas de plataforma, liberadas, según un término que acababa de surgir en la época.

Ese es el pasado. Estaría bien corregirlo, pero no hay manera. Queríamos ver el mar de las novelas y de las películas pero queríamos sobre todo inaugurar nuestra atropellada masculinidad ligando extranjeras. Nosotros no habíamos ligado nunca. La misma

palabra era de aparición reciente en nuestras vidas. A lo único que habíamos llegado era a una noción general de las relaciones sexuales y al dominio de un cierto vocabulario masculino, casi siempre brutal.

Bajamos del autobús con nuestras mochilas a cuestas y fuimos caminando hacia la orilla del mar. A nuestro amigo Pedro le hacía gracia nuestro sobrecojimiento. No teníamos ojos para tanto horizonte, pulmones lo bastante anchos para recibir aquel aire cargado de profundos olores orgánicos que nosotros no podíamos haber anticipado, vegetal y animal y mineral a la vez, sal y ozono, olor de algas y de pescado muerto; y con el olor llegaba la dulzura de la brisa y del viento, su roce de caricia en la piel, revolviendo el pelo.

Lo que casi no había era extranjeras. Era todavía junio, demasiado pronto para ellas, dijo nuestro amigo, con su conocimiento de las migraciones estacionales de aquellas criaturas nórdicas.

Al anochecer salíamos a dar vueltas por el paseo marítimo, con nuestras camisas de verano, las manos en los bolsillos, disfrutando de una sensación halagadora y extraña de amplitud de la vida, de benevolencia del clima; y también liviandad, una falta de aspereza, lo mismo en el habla que en la vegetación o en la arquitectura, que contrastaba mucho con lo seco y lo árido y obligatorio en nuestra ciudad natal.

Un día conocimos a dos extranjeras en la playa. No eran suecas, pero sí americanas, las dos espigadas y gimnásticas, como nosotros imaginábamos que debían de ser

las extranjeras, una rubia y la otra castaña, Marilyn y Michelle. Había una sensualidad en los nombres. Marilyn parecía preferirme a mí. Todo era confuso porque a penas nos entendíamos. Antonio Madrid y yo aprendíamos penosamente inglés traduciendo palabra por palabra las letras de "Bridge Over Troubled Water". Pero había gestos, risas, un mareo de confabulación y de desconcierto, un principio de aventura, la simple exaltación de ir por la calle con dos chicas, por un paseo con palmeras, abierto al mar, muy lejos de todo. En Almuñécar.

La secuencia breve más precisa de aquel viaje sucede de noche, en la playa, en la oscuridad en la que rompen con poco ruido las olas modestas del mar de Almuñécar. Marilyn y yo nos hemos quedado solos, y caminamos en silencio. Ella es más alta que yo. Se ha descalzado y lleva las sandalias en la mano. Es algo que se ve hacer a las extranjeras en las películas. La otra mano oscila y roza la mía. Nos hemos contado algo que nos ha hecho reír aunque ninguno de los dos puede estar seguro de haber entendido al otro. Algunas veces, para decirle algo, yo recorro a títulos de canciones que me gustan. En este momento me armo de valor y le digo el título de una canción de los Beatles: "I wanna hold your hand".

Se queda parada, en la playa, en la oscuridad, extiende su mano y aprieta la mía, y por primera vez en mi vida, incrédulo, exaltado, voy paseando de la mano de una mujer.

EL VIAJE COMIENZA AQUÍ



DESDE  1924

RAMÓN BILBAO